

## Contestación del Lic. don Fabio Baudrit González

*Señoras, Señores:*

*Señores Académicos:*

Tócame en suerte significar la complacencia que siente este Centro al recibir a su nuevo afiliado; y no deja mi ánimo de abrigar temores respecto de tarea tan delicada, puesto que aquí dentro existen verdaderos y genuinos pares del ilustre catedrático que viene a llenar la silla vacante del llorado poeta don Justo A. Facio. A ellos debió darse semejante encargo y no a mí; aunque si bien se reflexiona las divinidades mismas son acogidas a menudo rústicamente en modestos altares de troncos y de ramas; y así—bien guardadas las distancias—será siempre el esplendor del gramático y poeta que recibimos y nunca el brillo de las agrestes flores que coloque yo a la puerta de la Academia, lo que ha de constituir la fiesta de esta tarde.

Sin duda ha sido acertada la elección del Profesor don Napoleón Quesada Salazar para colmar un vacío en este instituto cuyo primordial empeño ha de consistir en que se mantengan los prestigios de la Lengua Castellana, ya que él en su extensa y meritoria carrera no ha conocido mejor anhelo; y puede afirmarse en consecuencia que este ingreso constituye, dentro de nuestra pequeñez, una verdadera consagración; o para hablar mejor, el remate de ella.

Hace bastantes años, cuando nos sentábamos en los bancos universitarios, era Napoleón un mozo avisado e inquieto a quien gustaban travesuras y epigramas; cuyas fueron algunas bromas que pudieran denominarse artísticas, de aquellas que carecen de veneno y cogen prestigio y vuelan sin causar heridas y sí regocijo, ese regocijo ingenuo provocador de risas en escolares y muchas veces aun entre gentes sesudas y serias: el vivaz intelecto de aquel estudiante de negros ojos y cabello ensortijado traducía su prestancia en redactar y pasar papelillos donde hería con gracia las torpezas del maestro o de los compañeros y generalmente los ponía a circular en versos av! lamentables, pero que denotaban cuando menos una tendencia. Su sentido crítico dejaba mal paradas no pocas conclusiones campanudas del profesor o las aventuradas tesis de los jóvenes que solían gallear en las intrincadas y lóbregas latitudes del Derecho, haciéndole audaz frente a los preceptores. Sin perjuicio de esto, el aventajado estudiante y donoso versificador formaba con valentía en la escuadra de los que, por sistema y quizás no por devoción a la ciencia, andaban preparando añagazas y dificultades técnicas con qué poner a los catedráticos en aprietos y confusión.

Oh! inquietud revoltosa pasada de moda, genial en cierto aspecto y que otras generaciones de estudiantes sustituyeron por mortificantes procacidades!

Reinaba en esos comienzos buen ambiente intelectual en las aulas, mantenido por los mismos que se aplicaban con afán a sus estudios; sin agravio para muchos notables estudiantes de Derecho que después lo fueron y sin duda seguirán pasando por ella con mucha honra y prestigio, se me ocurre que había más espíritu corporativo, que los muchachos nos sentíamos más solidarios, que la emulación despertaba venas dormidas o revelaba aficiones provechosas, que existía mayor deseo por sobresalir y distinguirse; en una palabra, el observador cuidadoso habría dictaminado una cultura más alerta, si no más extensa que la corriente en las generaciones posteriores. Y más amable y respetuosa! debería agregarse.

A mantener este eminente diapasón contribuía desde luego el contacto con hombres de vastísima preparación, a quienes singularizaba el don natural de atraer la mente y el corazón de los alumnos al ir plasmando las almas a la par que desarrollando facultades y dándoles vuelo. Al respecto es justo dedicar un recuerdo fervoroso al doctor don Antonio Zambrana, cuyos defectos humanos serán incapaces de oscurecer los resplandores de su prodigiosa eficiencia para enseñar: era el mismo maestro brillante en las conferencias universitarias, que de paseo, en visita o a la mesa, dondequiera que se presentara una persona digna de escucharle; a través de él, la Escuela de Derecho logró la oportunidad de familiarizarse con gran parte de los más universales pensadores, poetas, oradores y artistas del mundo, tal fué la excepcional facilidad de acopio que en él maravillaba y la no menos estupenda de acomodar y hacer visibles las ideas de otros que, mediante sus intensas lecturas, bañaban y refrescaban de continuo el mar proceloso de su propia sabiduría.

El joven Quesada, con tanto o mejor derecho que otros estudiantes para haber caldeado su brillante talento en esa fragua universitaria, desapareció de nuestra compañía al cabo de algún tiempo, para seguir de maestro o de empleado en dependencias pedagógicas. El lamento resulta ahora tardío, pero sus apreciadores y camaradas bien comprendimos desde aquella misma época, que su salida privaría al país de un magnífico jurisconsulto, vistas las dotes que sin discrepancia se le reconocían.

No perdió, con todo, el tiempo allí pasado, sino que solidificó la mente en el ejercicio de los estudios y la preparó sin duda a tareas de mayor vuelo. Más tarde él mismo decía refiriéndose a esa ocasión: "Estudié Derecho tan sólo por deseo de cultura. Al comenzar no más los estudios jurídicos comprendí que carecía de vocación para el ejercicio de abogado; pero no quise abandonarlos porque me colmaban de satisfacción con su vastísimo campo de investigaciones y de construcciones espirituales, con su deslumbrador humanismo, con su constante ejercicio de crítica y de dialéctica, con su mundo de ideas, doctrinas y opiniones, ya generosas, idealistas, alentadoras, ya sombrías, pesimis-

tas, crueles, desconsoladoras no pocas veces; ya fuertes, formidables, ya sutiles y vagarosas. Es el más amplio estudio que uno puede emprender seriamente. Jamás toqué un expediente; en cambio penetré o traté de penetrar en el espíritu de muchos pensadores. No fui, pues, abogado, pero fui el más curioso y el más fervoroso admirador de los constructores de "la ciencia del Derecho".

En otras palabras, agregamos nosotros, los estudios jurídicos le dieron las alas que más adelante habría de desplegar.

\*  
\* \*

Es casi seguro que en la nativa estructura anímica del que variaba de rumbo, hubiese fuerte contribución magistral, porque ya desde la primera enseñanza se sentía inclinado a admirar y a querer a los preceptores, no en la simple forma cariñosa que nos afecta a todos, sino también con determinadas vistas críticas y organizadoras, que revelaban una secreta preferencia por ese apostolado: una tía materna, doña Antonia Salazar, con el cariño profundo que siempre muestran estas parientes por los sobrinos, y más cuando, como sucedió a Napoleón, han perdido a la madre apenas venidos a la vida, enseñó a leer al precoz arrapiezo cuando aún no contaba cinco años, por métodos propios de ella, los cuales debieron sorprender más tarde al profesor, ya que por entonces (años de 1873 al 78) lo usual era comenzar deletreando en coro, mucho antes de conseguir la lectura de palabras y de frases, y que en esa tarea se eternizaban los relativamente pocos maestros lidiadores de semejante brega, los más de ellos a ratos perdidos y cuando oficios de mayor momento lo consentían. Es de suponer que por entonces el ingeniero don Joaquín Quesada León, padre del aplicado niño, despertara en el hijo alguna afición a las matemáticas, en forma afectuosa, tan propicia a darle entretenimiento, entre broma y veras, a una inteligencia que va rompiendo su rudo cascarón y vislumbra las combinaciones elementales y no por esto menos sorprendentes de los números; agreguemos que al llegar a la escuela oficial en la villa de Tres Ríos le tocó por maestro un excelente varón, don Demetrio Sanabria, de quien el antiguo párvulo escribía: "Con admirable intuición pedagógica sabía cautivar a los niños con su palabra suave, cariñosa, llena siempre de bondad y de consejo; no recuerdo haberle visto nunca airado, jamás emplear un castigo corporal, cuyo uso entonces parecía imprescindible, pues eran los tiempos en que se tenía como axioma que la letra con sangre entra, y en que crecía el prestigio del maestro—como el de aquel dómine Tellitu de que nos habla Trueba—cuanto más riguroso y despiadado era para encerrar muchachos en un cajón estrechísimo, o para tirarles de las orejas reciamente, o para esgrimir la palmeta o para sacudir sobre las espaldas, traspontines o piernas de los chiquillos, el delgado y redondo látigo que llamábamos chilillo..."; y con estos datos sentimentales e intelectuales no es mucho que demos por averiguado que al inquieto estudiante de Derecho lo

dominaba una viva inclinación hacia la escuela, dotada por entonces en Costa Rica de prestigios que invitaban a darle esforzado incremento y solidez a lo que constituyó la obra genial del Ministro don Mauro Fernández, organizador y creador en cierto sentido de nuestra moderna educación pública. Por cierto que entre los primeros beneficiados contó el colegial Quesada Salazar, quien a los diez y seis años se había despedido de la segunda enseñanza llevando su cartón de *madreres*, título equivalente al de Bachiller en Humanidades, bautizado así en honor del expresado don Mauro.

Acabó de completar su devoción el hecho inusitado de que al salir no más del Liceo se le llamara como profesor en el Colegio Superior de Señoritas: de un lado era acto justiciero, en mérito a los antecedentes relevantes del novel catedrático; y de otro lado venía a crearle un compromiso por la confianza del Gobierno, presidido por el doctor don Carlos Durán: no en vano se confía en un joven pundonoroso y aventajado cuando el desempeño es de suyo difícil; y Quesada, adivinando de sobra lo que el fracaso podía significar para su porvenir, se dedicó a triunfar.

No puedo menos de sentirme asaltado de algunas sospechas sobre la diversa suerte que habría corrido, si en vez de confiarle clases en un instituto de señoritas, el Ministro hubiera llegado a darle trabajo en el liceo de varones: un temperamento artístico como el suyo, se tenía que acomodar mejor, siquiera difundiendo intrincadas sugerencias orales sobre motivos del Léxico, en un medio bullicioso y alegre como un colegio de avejillas del paraíso, que no entre mozos que ya comienzan a exteriorizar sus petulancias de hombres. De todas maneras esa coincidencia tan grata sirvió para confirmar la congénita o fatal inclinación al magisterio del abogado en agraz: poeta y artista antes que maestro, bien se comprende que el severo académico de la fecha quisiera tomarse y se tomara en aquel tiempo larga estancia entre el bullir de las flores: tan larga, que nunca regresó al Derecho; y al sentar plaza de maestro, lo hizo para el resto de sus años.

Así comenzó la vida oficial del señor Quesada, iniciada tan temprano y rápidamente colmada. Sin entrar en innecesarios detalles le vemos llegar al desempeño de la Secretaría de Estado en este mismo ramo de educación pública, que ejerció durante dos años y medio en la segunda Administración del Licenciado Jiménez Oreamuno, sin perjuicio del profesorado, que ha seguido hasta parar en la Dirección del Liceo de Costa Rica, donde se mantiene, y que por ser el principal establecimiento de Segunda Enseñanza en el país, constituye la más destacada elevación profesional: de modo que esa eminencia y la del Ministerio, que forma la suprema gala política para un maestro de carrera, nos dicen de sobra cuánta es la fama y cuáles los quilates científicos del nuevo compañero de Academia, a quien por lo demás no perturban estas vanidades, ni alteran la sencillez y modestia que con notoria regularidad—en este caso extremada—acompañan a las personas de mayor valía.

Dije antes que este ingreso a la Academia constituye su consagración, y es el momento de explicarme: de no sobrevenir la oportunidad que ahora tenemos para señalar y dar relieve a los méritos del Profesor Quesada, es casi seguro que como acontece a otros muchos tan eminentes y sabios como él, hubiesen dormitado sin un aplauso, sin notoriedad alguna, en santo silencio, durante su vida al menos; y aun no es raro que abandonados esos merecimientos a la eventual curiosidad de algún paciente investigador que pudiera exhumarlos, a la larga se quedarán enterrados, vivo y muerto su dueño, como tan a menudo pasa.

La acogida que aquí recibe no obedece, empero, a la fútil superficialidad que implican estas inmediatas palabras, las cuales condenarían a la Academia como una central de figurones tomados por el brillo más o menos postizo de su actuación pública; al venir a este Centro, está contemplado desde dos puntos de vista igualmente riesgosos a todo candidato: uno atañe al propio y personal merecimiento, y el otro, más delicado si se quiere, consiste en su decoro y eficiencia para sustituir al académico desaparecido.

Del poeta Facio sería imposible que mi cariño y admiración se expresen en una forma irreverente: con sólo enunciar su nombre, entiendo, pues, haber expuesto lo indispensable en esta su casa de amor a las letras, para que se avive entre nosotros el insigne aprecio de esa figura artística de primera categoría cuyo recuerdo apologético ha estado por lo demás en manos tan hábiles como las del propio ingresante, con quien la Academia, sin caer yo en el pecado odioso de las comparaciones, estima allegar un magnífico sucesor: de óptima cultura, su colaboración y auxilio serán propicios al prestigio corporativo como lo fueron los de Facio y de tantos escritores, poetas y afanosos sabios a quienes por nuestra gran desgracia hemos ido dejando en el camino.

Aparte de la gran obra de difusión aneja al ejercicio del alto magisterio a que se ha consagrado—y que ya es bastante por lo que dice a esfuerzo cultural—el nuevo socio trae un intenso trabajo publicado, dentro de sus aficiones lingüísticas y pedagógicas. Abundan artículos suyos en el *Boletín de las Escuelas Primarias*, órgano ya abandonado de la Inspección General de Enseñanza; en 1910 publicó un *Silabario Costarricense* todavía en uso, que indudablemente realizó en el país una verdadera renovación en el método para la enseñanza de la escritura y la lectura, desterrando el abrumador sistema del deletreo, que se reemplazó por el analítico-sintético sobre palabras normales. Este librito alcanzó, como era lo propio, un éxito extraordinario.

Del mismo modo que las clases de Derecho influyeron decisivamente en la actividad mental del señor Quesada, hay que asignar al influjo de aquella señora cariñosa que le mostró el camino para llegar a leer de golpe, una buena participación en la reforma.

¿Acaso lo que logró ella de la viva inteligencia del sobrino no merecía llevarse a la práctica como norma más simple de aprendizaje y enseñanza? Las ciencias experimentales no avanzan de manera diferente! Poco más tarde publicó un librito de *Recitaciones Escolares*

que contiene unas ciento treinta composiciones poéticas para niños y de la cual hubo varias ediciones, ya agotadas. En 1931, bajo el título de *Recitemos*, publica una serie de poesías suyas y de otros autores.

Del mérito de sus versos podría resultar un interesante capítulo en especial si los contempláramos como factor de enseñanza; y a examinarlos me detendría si por la circunstancia no debiera referirme de preferencia a las *Lecciones de Gramática*, que es su obra científica y de condensación, digna por sí sola de abrirla en cualquier parte las puertas de todo centro serio de estudios.

¿Me atreveré a poner la mano profana sobre este libro?

Al iniciar esta conversación me referí a la circunstancia de existir en el seno de la Academia verdaderos y genuinos pares del ilustre Catedrático cuyo ingreso celebramos; y no lo dije en vano, sino con la intención cautelosa de acudir a las luces de alguno de ellos. Quizás no resulte esta deliberación desprovista de pecado en cuanto a mí, que al asumir la obligación de presentar la semblanza del Profesor Quesada, nada anuncié de colaboración ni se la pedí a ninguno; pero lo importante es que los amables oyentes queden satisfechos y nada sin duda les será tan agradable como escuchar las elegantes frases que sirven de prólogo a su Gramática, procedentes de otro maestro.

Constituyen un estudio crítico, a la par que la apología de libro tan meritorio, desarrollado todo esto en cortos párrafos, en cuyas líneas palpita la admiración y el cariño que al autor le profesa sinceramente el prologuista; por tanto dirán mejor que yo lo que significa la obra científica, adecuada convenientemente para servir de texto de gramática castellana en todos los países americanos de la misma habla, conforme se vaya conociendo mejor en el extranjero.

Por lo que hace al señor Licenciado don Rogelio Sotela, compañero tan querido nuestro y autor de dicho prólogo, tengo la seguridad de que jamás tomará a mal que me haya atrevido a adornar mi modestísimo trabajo con la joya en donde con igual intención a la mía, vació en honor de su Director a quien con justicia reputa maestro suyo, todo el afecto personal y la devoción admirativa que a él le liga.

Con la venia presunta del autor, oigamos, pues, lo que estampó al frente de la primera edición de las Lecciones Gramaticales.

“...Creí que se trataba simplemente del ordenamiento de sus lecciones, tan conocidas y admiradas por mí cuando tuve el honor de compartir la enseñanza de la Gramática en el Liceo de Costa Rica. Pero cuál no ha sido mi asombro al ver realizado lo que siempre anhelé que se realizara: la obra completa de la Gramática Castellana, expuesta con propiedad, actualizada a la vez, dentro del sentido clásico, con una moderna ideología didáctica.

“Plena de sabiduría, sin inútil erudición: ordenada, metódica, profunda sin abstrusas lucubraciones; compendiada sin sacrificar la materia, será la obra necesaria en los colegios y tendrá que destacarse entre las de su género, no sólo por esas condiciones que la ameritan, sino además porque ha sabido tomar el conocimiento fundamental de los maestros.

“Brillan en la obra, magistralmente referidos e intercalados, los principios fundamentales de la filología contemporánea, y se ven aprovechados inteligentemente todos los estudios gramaticales de Bello y Cuervo; se advierte que trajo a su lámpara la luz magnífica de la Gramática Histórica de Hanssen; se admira que pudo trasegar el rico vino que Menéndez Pidal escanciara en sus monumentales estudios sobre el Poema del Cid, donde, ya se ha dicho, está contenida toda la ciencia de la Lengua Castellana antigua; su ágil espíritu de filólogo, caza a maravilla lo que más importa de las anotaciones al Quijote, de Rodríguez Marín; y por encima de todo eso, y a pesar del clásico arraigo en que reposa su obra, lo que más aplaudo es el esfuerzo por ser original. Cierto que en tal materia no puede innovarse a capricho, mas vese en todas partes su dominio de los clásicos, que le permite escudriñar tan diligentemente como lo hiciera el admirable don Vicente Salvá: nótese la pericia con que deslinda los oficios de las palabras y señala las modificaciones sintácticas más difíciles; todo está aquí vivo y palpitante bajo el poder creador de su mano. Si no, dígalo ese magistral capítulo sobre leyes de Derivación, tan suyo, tan hermoso; y toda la materia sobre Morfología y Sintaxis: ¡con qué seguridad y con qué anhelo didáctico está expuesta! La Fonología, de que está un poco falta la Real Academia, le ofrece ocasión de revelarse como conocedor universal del asunto y como expositor asequible y sagaz.

“Me parece que, como se contienen en la obra cuantos principios y generalidades se puedan buscar en otras gramáticas, y como ha logrado contener lo que debe conservarse hoy, y ha desechado lo inútil, no sería aventurado afirmar que quien estudie este libro y lo asimile, podrá complacerse en haber adquirido una bella y amplia zona del conocimiento del castellano.

“...Pienso que será preferible a la obra de Bello y Cuervo, si ha de recomendarse para estudiantes de colegios de Segunda Enseñanza. Porque aquélla, imperecedera, será siempre nuestro faro; en ella veremos siempre el camino, pero no sería prudente convertirla en texto para jóvenes que no sabrían desterrar de allí lo anticuado... Será el libro de texto de todos los colegios de la América Española y vendrá a darle gloria a su autor, que ha sido tan modesto como sabio...”.

Aquí terminaría mi alocución, abriantada con los conceptos prestados al escritor Sotela Bonilla, si el discurso del Profesor Quesada, tan compendioso en cuanto a la personalidad del poeta Facio no me impusiera el deber de agregar unas breves consideraciones acerca de la amplitud de horizontes a los cuales se abre la cultivada mente del nuevo académico.

Por el trabajo mismo que nos ha leído ya se ve que su ciencia gramatical no se concreta al ordenamiento didáctico de las partes de la oración y de sus mutuas relaciones; se levanta con gallardía por los campos de la Lingüística, y enamorado del castellano que cultiva como poeta y como prosista, propone de paso la resurrección de los esplendores y galas del idioma clásico tan saturado de gracia, tan preciso en

el decir, de riquísimo léxico y admirables recursos no superados en lengua alguna al servicio del Arte.

Seguramente quien así discurre habrá remontado por los deleitosos caminos de la gramática histórica y comparada, materias en cierto sentido similares al Derecho que tan presto abandonó el joven Quesada. En efecto: contra las arideces de la Preceptiva, que constituye el Código Gramatical, se ofrecen al que alcanza la fortuna de ahondar en las lenguas humanas, los senderos más halagüeños y las perspectivas más atrayentes, para subir a una cima desde la cual, de la mano de la Filología, como Dante de la de Virgilio, logra el sabio el privilegio sublime de abarcar el amplio panorama de todos los pueblos, liberados de la Babel universal, hablando lenguas que por derivar en último término de orígenes comunes, se los revela como una sola y vasta familia; a la manera como los descubre y contempla, animado por el espíritu del Derecho, el filósofo que se sustrae al horror de las luchas privadas y colectivas por la Vida, y alcanza a ver a la Humanidad dotada de unos solos y mismos principios y sostenida por ellos.

Sin ir tan allá, la sola Lengua Castellana armoniza a España con la inmensa mayoría de los pueblos americanos; es una especie de Fuerza Internacional, de Derecho de Gentes a qué todos de grado nos sometemos y a cuyo influjo nos volvemos tan fraternales y amorosos, que a nadie se le ocurrió disputar la supremacía a la gran Nación que nos enseñó a hablarla; y que ella se siente maternalmente halagada cuando en este Continente alguien triunfa, como el Profesor Quesada Salazar, en el afán solidario de *limpiar, fijar y darle esplendor* al común idioma.